SILENCIO Y DUELO. El trabajo de elaboración psíquica en las generaciones de la posguerra

María José de la Viña Guzmán
Psicoanalista.
Psiquiatra del Servicio de Salud Mental de Parla (Madrid)

Resumen: Este trabajo recoge algunos textos de escritores españoles pertenecientes a tres generaciones diferentes, recorriendo su distinta posición sobre la legitimidad de la violencia y la guerra, y aborda la transmisión en la novela familiar de los relatos del horror o de los silencios que, en ocasiones, pueden presentarse en forma de delirio en la tercera generación.

Palabras clave: Guerra, duelo, transmisión de una historia, psicosis.

Durante el año 1915, meses después del comienzo de la primera guerra mundial, la consulta de Sigmund Freud[1] se redujo drásticamente, pero su producción teórica fue notable. Entre otros muchos artículos escribió *Los Instintos y sus destinos*, *Duelo y melancolía* y *Consideraciones sobre la guerra y la muerte*. ¿Qué es lo que nos mueve? ¿Cuáles son las dificultades que sufrimos para poder despedirnos de los seres queridos? ¿Cómo nos separamos de nuestros objetos? Y por fin ¿Ha habido algún progreso moral en la humanidad a lo largo de los siglos? Sus conclusiones no puede decirse que sean optimistas.

Si bien, no podemos dejar de reconocer que sólo raras generaciones a lo largo de la historia se han visto libre de vivir una guerra, para los europeos, el siglo XX ha sido uno de los más terribles, teniendo en cuenta dos factores añadidos a la intrínseca crueldad de toda guerra: el progreso técnico e industrial que ha permitido la aparición de armas cada vez más destructivas, y junto a ello, la aplicación sistemática de los avances científicos al exterminio de poblaciones civiles.

En la guerra civil española situada entre la primera guerra mundial y la segunda, encontramos la particularidad de que, por una parte, se utilizó —e incluso se puso a prueba— armamento que permitió ataques masivos contra poblaciones civiles y, por otra, al tratarse de un conflicto civil, hubo una polarización de las posiciones de la población que extendió la sospecha, la delación, los ajustes de cuentas y las venganzas personales amparadas en diferencias ideológicas a todos aquellos que hasta entonces habían sido compañeros, vecinos, conocidos… a los más próximos, en suma.

Desaparecido el freno social que impide matar, robar, escarnecer al prójimo… la conciencia individual no siempre resiste los emba-

tes de la pulsión destructora. Personas que muy probablemente, en otras circunstancias, no habrían destacado por su crueldad o por su cobardía moral, se ven puestos a prueba y no resisten.

No resulta fácil recabar testimonios ni reflexiones de quienes se vieron inmersos en la crueldad fratricida, de los agentes de la violencia contra sus semejantes: siempre cabe escudarse en la excepcionalidad de los tiempos de guerra, la obediencia debida, la necesidad de salvar a la patria… Esconderse en el olvido y echar la culpa al otro, al responsable de haber despertado en uno mismo los peores instintos.

Seguramente, sin la necesidad de rescatar algo perdido no hay motor para ponerse a escribir sobre ello. Los perdedores de las guerras, o las víctimas de la violencia, o los que no se dejaron arrastrar en las oleadas de los movimientos de masas y fueron capaces de mantener algún grado de lucidez y conciencia crítica, son quienes han dejado testimonio de su tiempo, y los que nos permiten entrever las transformaciones subjetivas a que se vieron forzados para enfrentar el horror que les tocó vivir.

Este capítulo va a intentar plantear algunas de las cuestiones relacionadas con las consecuencias que las guerras pueden acarrear en el psiquismo de la generación que las sufre, pero también va a seguir retrospectivamente el rastro de las guerras en generaciones sucesivas, a través de las huellas transmitidas y también a través de los silencios, de la transmisión de ciertos vacíos simbólicos.

Natalia Ginzburg[2] en su libro *Le piccole virtú* nos habla desde el punto de vista del adulto que ha atravesado una guerra: "Ha habido guerra y la gente ha visto derrumbarse muchas casas, y ahora ya no se siente segura en la misma casa que antes había sido tranquila y segura. Esto es algo de lo que uno no se cura, y pasarán los años, pero no nos curaremos jamás. Quizá tengamos otra vez una lámpara sobre la mesa, y un florero, y los retratos de nuestros seres queridos, pero nosotros ya no creemos en ninguna de estas cosas, porque una vez tuvimos que abandonarlas de improviso, o estuvimos buscándolas inútilmente entre los escombros. (…) Cuando miro a mis hijos mientras duermen pienso, con alivio, que no tendré que despertarles en plena noche y escapar. Pero no es un alivio pleno y profundo. Tengo continuamente la impresión de que un día u otro tendremos que levantarnos otra vez de noche y escapar, y dejarlo todo atrás: habitaciones tranquilas y cartas y recuerdos y ropas".

Ha quedado una marca indeleble: "Una vez sufrida la experiencia del mal, ya no se olvida. Quien ha visto derrumbarse las casas sabe demasiado bien qué frágiles bienes son los floreros, los cuadros, las paredes blancas (…) tras los serenos floreros, tras las teteras, las alfombras, los suelos encerados, está el verdadero reverso de la casa, el atroz reverso de la casa derrumbada".

Natalia Ginzburg, (…) escritora de lo cercano, aborda el tema desde un punto de vista cercano, casi doméstico, pero también un ensayista como Stefan Zweig[3], acostumbrado a tratar sobre los grandes temas, escribe en sus memorias *El mundo de ayer* en un tono muy parecido: "Cada uno de nosotros, hasta el más pequeño e insignificante, ha visto su más íntima existencia sacudida por unas convulsiones volcánicas —casi ininterrumpidas— que han hecho temblar nuestra tierra europea; y en medio de esa multitud infinita, no puedo atribuirme más protagonismo que el de haberme encontrado —como austríaco, judío, escritor, humanista y pacifista— precisamente allí donde los seísmos han causado daños más devastadores. Tres veces me han arrebatado la casa y la existencia, me han separado de mi vida anterior y de mi pasado, y con dramática vehemencia me han arrojado al vacío, en ese "no sé adónde ir" que ya me resulta tan familiar".

En ambos, pérdida de las referencias familiares y cotidianas, pérdida de la sensación de seguridad en la continuidad de la vida que uno lleva, ruptura de los sueños y los proyectos… el resquebrajamiento de todo ese entramado imaginario, basado en los objetos que nos rodean, en el que nos apoyamos sin siquiera pensarlo, en la ilusoria convicción de que la vida seguirá fluyendo siempre tal y como la imaginamos.

Sin embargo, continúa Zweig, "…se han destruido todos los puentes entre nuestro Hoy, nuestro Ayer y nuestro Anteayer. Yo mismo no puedo dejar de maravillarme de la abundancia y variedad de cosas que hemos ido acumulando en el breve lapso de una existencia (…) sobre todo cuando la comparo con el modo de vida de mis antepasados. El padre, el abuelo ¿de qué habían sido testigos? Cada cual había vivido su vida singular. Una sola, desde el principio hasta el final, sin grandes altibajos, sin sacudidas ni peligros, una vida con emociones pequeñas y transiciones imperceptibles, con un ritmo acompasado, lento y tranquilo: la ola del tiempo los había llevado desde la cuna hasta la sepultura".

En el siglo XX, una generación entera ha tenido que restaurar el hilo de la vida vez tras vez y, por descontado, a cada nueva ocasión resulta más difícil hacerlo. Stefan Zweig terminó suicidándose en Brasil en 1942.

Para Natalia Ginzburg, sin embargo, al final no todo han sido pérdidas: "Hemos conocido la realidad en su más oscuro reverso. Ahora ya, sin embargo, no tenemos problemas. Pero hay todavía quien se lamenta del hecho de que los escritores utilicen un lenguaje amargo y violento, de que cuenten cosas duras y tristes, de que presenten la realidad en sus más desolados términos. Nosotros no podemos mentir en los libros, ni podemos mentir en ninguna de las cosas que hacemos. Este es, quizá, el único bien llegado de la guerra. No mentir y no tolerar que se mienta a los demás".

Esta necesidad de decir la verdad no la presenta sólo como cosa de escritores; también tiene efectos sobre la familia: "Somos gente que ya no tiene lágrimas. Lo que conmovía a nuestros padres a nosotros no nos conmueve. Nuestros padres y la gente mayor que nosotros nos regaña por la manera que tenemos de criar a los niños. Querrían que mintiésemos a nuestros hijos como ellos nos mentían a nosotros. Querrían que nuestros niños se entretuvieran con muñecos de peluche en graciosos dormitorios barnizados en rosa, con árboles y conejitos pintados sobre las paredes. Querrían que cubriésemos su infancia de velos y mentiras, que les mantuviésemos cuidadosamente escondida la realidad en su verdadera sustancia. Pero no podemos hacerlo. No podemos a niños a los que hemos despertado en plena noche y vestido convulsamente en la oscuridad para escapar, o para escondernos, o porque la sirena de alarma hería el cielo. No lo podemos hacer a niños que han visto el espanto y el horror en nuestro rostro. A estos niños no podemos contarles que los hemos encontrado en una cueva ni les podemos decir, de quien ha muerto, que se ha ido de viaje. Este es un abismo que no se puede llenar, entre nosotros y las generaciones anteriores. Sus peligros eran irrisorios y sus casas raramente se derrumbaban. (…) Era otro tiempo y quizá se estuviera bien. Pero nosotros estamos atados a esta angustia nuestra y, en el fondo, contentos de nuestro destino de hombres". Una marca que diferencia a una generación de la que le antecede.

Así pues, aunque a veces no hay más que pura pérdida, en otras, tras el desastre, junto de las pérdidas, cabe la posibilidad de una ganancia simbólica. Esta ganancia es más fácil de inventar, de crear, cuando en las familias puede elaborarse un relato honroso, cuando aparece en ellas algún personaje que, a la manera del héroe, aporta, con su sacrificio una salvación colectiva, cuando existe algo que ayude a elaborar el duelo por el mundo perdido; y el formar parte del bando de los vencedores parece favorecer su elaboración. Cualquiera, por el hecho de

haber ganado los suyos, puede sentirse arropado por la aureola de gloria de los vencedores. Más ardua parece la tarea de los vencidos para lograr salir de la humillación y la derrota.

Relatos españoles

Centrándonos ya en la guerra civil española, voy a tratar de seguir sus huellas a través de la mirada de tres generaciones, del relato de tres escritores:

La primera, Concha Espina[4], (1869–1955) autora de origen social e ideología conservadores a quien la guerra sorprendió en su "casa de hidalgos" del Real Valle de Cabuérniga, en Santander, donde tuvo que permanecer en zona roja, hasta ser liberada por los nacionales. Mujer de mediana edad entonces, con hijos y nietos, era ya una escritora consagrada cuando escribió *Retaguardia* de Abril a Agosto del 37, que será publicada en Diciembre de ese mismo año, con prólogo de su hijo Víctor de la Serna, fechado en San Sebastián. Diciembre de 1937. II Año Triunfal. ¡Arriba España!

El segundo, Miguel Delibes, de una generación posterior, nacido en 1920, que muy joven luchó en la guerra, en el bando nacional, y del que quiero comentar dos libros: *Mi idolatrado hijo Sisi*[5], de 1953, y *377A, madera de héroe*[6], de 1987.

El tercero, Javier Marías, una generación más, (1951) hijo de padre represaliado tras la guerra, escritor de ficción atravesada por lo autobiográfico, y del cual voy a seguir la trilogía *Tu rostro mañana*[7], publicada entre 2002 y 2007.

Ellos me van a servir, espero, para ver diferentes maneras de enfrentar las consecuencias de una guerra y cómo esas consecuencias atraviesan las generaciones, todo ello con la idea de poder pensar algo más sobre la clínica de las psicosis.

Concha Espina. La novela de Concha Espina, escrita en pleno fragor de la guerra pone de manifiesto, sin recato alguno, la brutal división del país en dos bandos: "En estas dos mitades contradictorias que dividen a España, sería curioso hacer una estadística por grupos enemigos. Desde luego con los militares están casi todos los profesionales de carreras libres, artistas universitarios y médicos. Mientras conviven con los rojos el ramo de la peluquería, los horteras, obreros de fábricas y mozos de café. Con varias especies de analfabetos y haraganes desprovistos de méritos y valores, la gente de vida turbia, los despechados y envidiosos. Quedan a la derecha también, casi en su totalidad, las órdenes religiosas, el cuerpo diplomático, la Marina y toda suerte de aristocracias. A la izquierda, en mayoría grande, los ferroviarios, el magisterio nacional y los trabajadores de minas: siempre descontada la excepción".

Para ella no hay duda alguna sobre quiénes son "los buenos" y quiénes "los malos". Nosotros y ellos. Nosotros víctimas y ellos asesinos, herejes, sembradores de patatas en los jardines públicos, aniquiladores de toda justicia y toda belleza. No existe duda alguna sobre lo justo de su causa: hay que deshacerse del enemigo a toda costa, nuestra supervivencia y la del mundo que conocemos depende de ello. No hay posibilidad alguna de reconocimiento de la justicia de las posiciones del otro. Únicamente capacidad para reconocer que "nuestro mundo" está en peligro de desaparecer. "Ellos" no son como nosotros, sólo son esos que quieren privarnos de lo que nos pertenece para destrozarlo, para gozar con la destrucción, sin ofrecer nada a cambio: "[Nos] habéis quitado las armas, la fortuna, la práctica religiosa, la vivienda; hasta los abrigos en la calle. Y la vida. Ello en nombre de la igualdad y la fraternidad; para conceder pistolas, atribuciones, palacios y tesoros de arte a la chusma analfabeta y homicida que os empeñáis en llamar "pueblo". Genuina posición de transitivismo. El otro, el semejante, al gozar, me priva de algo. La única salida de este enfrentamiento especular es la

violencia destructora, aunque uno mismo corra el riesgo de desaparecer con la destrucción del contrario.

Proyectar sobre el enemigo especular, sobre el semejante, todo aquello que en nosotros mismos son desagrada ver: ellos destruyen por el mero placer de destrozar, nosotros no les hemos robado nada; somos, sencilla y naturalmente, superiores a ellos.

Quienes empuñan las armas para liberarnos de ellos, son nuestros héroes. No hay duda alguna sobre su derecho a alzarse en armas —aunque sea contra el gobierno legalmente constituido—. "Ellos", los otros, con su sola presencia, han provocado la discordia y el enfrentamiento.

Miguel Delibes, por su parte, refleja en *Mi idolatrado hijo Sisí* el ambiente de la guerra en el bando nacional, la transformación de una sociedad despreocupada, donde cada uno está pendiente del amor, del dinero, de progresar… en una sociedad militante en la que lo principal es la lucha contra el enemigo: "Votar, votar… —dijo—. Bien, ¿quieres decirme qué es lo que ganas con significarte? (…) Adela insistió: Debemos ponernos al lado de la Iglesia, Cecil. Voceó Cecilio: ¡La Iglesia, la Iglesia! (…) ¿Es que quieres meterte mañana en medio de los tiros? ¿No sabes, querida, que mañana habrá palos en todas las esquinas? Adela advertía que su recién descubierta adhesión a la Iglesia le prestaba una firmeza que nunca tuvo. Es en estos casos donde debemos demostrar lo que somos, Cecil (…) mañana votaré. A partir de aquí Adela empezó a considerarse una pieza de posible trascendencia nacional". Estalla por fin la guerra y Adela que antes no podía ver la sangre, trabaja en un hospital: "Todos debían cooperar en la causa. Aquélla era una guerra total. Nadie podía regatear su aportación y su sacrificio".

Mientras tanto, Cecilio, el marido, y Sisí, el hijo, no se desprenden tan fácilmente de sus posiciones anteriores. Pero la realidad apremia: "Aquellas bombas que de vez en cuando caían sobre la ciudad abrían un estrépito como si la tierra toda se desgarrase. (…) Luis Sendín y los muchachos como él andaban de aquí para allá con el fusil presto y las cartucheras a la cintura. Eran tan jóvenes que parecían niños jugando a la guerra. (…) Había una vibración extraña poseyendo la ciudad, poseyendo la tierra, poseyéndolo todo. Sisí, en el foco de este caos, se sentía descentrado. (…) Sisí se preguntaba ¿Cuándo acabará todo esto? Le parecía impropio que las gentes volcasen toda su capacidad y todo su esfuerzo en una causa impersonal, en algo que no era tangible y sí muy problemático. Se le antojaba que la gente le miraba en la calle como diciéndose: ¿A qué espera este muchacho para agarrar el fusil?"

En la idea de encontrar para él un destino de poco riesgo, Cecilio, el padre, va a visitar a un general amigo suyo. Hablan del hijo de éste, muerto recientemente, y de la reacción de la madre: "Las mujeres reciben ahora esos golpes con sorprendente serenidad. Ella se hizo a la idea desde el principio de que esta guerra habría de costarle algo importante. Cuando vine a darle la noticia lo vio antes en mis ojos. (…) Yo creo que Dios les envía una fuerza sobrenatural. Claro que queda el consuelo de que han muerto por una gran causa".

La posición de Delibes en este libro (1953) aun deplorando la violencia y las muertes, es favorable a la toma de postura y al compromiso con la buena causa, tanto que el autor termina "castigando" con la muerte a sus dos tibios protagonistas. Sin embargo, *377A, madera de héroe* (1987) la novela entera gira en torno a la cuestión de qué es lo que decide que una causa sea la buena. Han transcurrido treinta y cuatro años y la sociedad española ha cambiado. También el autor, que ahora puede permitirse pensar que la causa de "los otros" podría tener un valor equivalente al de la "nuestra" ¿Qué hace falta para ser héroe? Se pregunta el protagonista, niño atrapado entre los dos modelos de padre que se le ofrecen a la identi-

ficación: el abuelo, noble prohombre carlista, y el padre, médico higienista y vegetariano, de extracción social más humilde y muy escasamente valorado en la familia. Las sucesivas respuestas de su tío, colocado a media distancia entre el uno y el otro, nos van ilustrando también sobre la evolución de las posiciones del autor. "Lo primero que se necesita para ser héroe —le dije— es una buena causa. Ya puedes realizar las mayores proezas, sacrificar incluso la vida, que si no lo haces por una causa noble será un sacrificio inútil". Esta es la posición de partida. De ahí pasará a la siguiente: "Mi sobrino insiste en determinar la razón última del heroísmo, esto es, si el heroísmo responde o no a un incentivo ético. (…) La cuestión es compleja. Hay casos evidentes que no se prestan a duda, pero existen otros de ardua definición, lo que me lleva a reducir el heroísmo a un problema de buena fe. Creo que difícilmente se podrá ir más allá. El que se inmola con recta intención y mirada limpia, es un héroe. Poco más podemos añadir".

Este problema sobre la posición del héroe que, en razón de su historia familiar, atañe subjetivamente al protagonista, en lugar de seguir perteneciendo exclusivamente al ámbito de la vida privada, se verá convertido por la exigencia de la guerra en una obligación de actuar. Alistado en la Marina, experimenta lo que es el miedo; no logra acercarse, ni por asomo, a su ideal de heroísmo que la familia daba por ya logrado y no le queda más remedio que ver cómo, por el contrario, ese ideal es realizado por otros, entre ellos el teniente Pita, que acaba siendo fusilado por traidor. "—Él sí ha sido un héroe, ¿no es cierto? —pregunta a un compañero. —Así es, en cierto modo. —responde éste. —¿Por qué dices en cierto modo? —Yo no comparto la causa a la que servía. —Hablas igual que mi tío. —¿Es que tú no lo crees así? —Y ¿no podría ser al contrario? —apuntó—". ¿No podría ser el hombre que muere generosamente el que ennoblece la causa a la que sirve? Esta solución de compromiso permite al protagonista reconciliarse con la denostada rama paterna, en la figura de dos tíos fusilados por los nacionales.

Hay un reconocimiento moral del derecho de cada cual a una opiniones políticas, a unos ideales. "Los otros" ya no son, como en Concha Espina, únicamente esos seres despreciables que nos envidian y nos quieren matar. Aun cuando no se comparta su causa, ésta también podría ser una buena causa.

Javier Marías. Con él entramos en un territorio diferente. Él no ha vivido ni la guerra ni la primera posguerra, pero está directamente concernido por el tema. En esta trilogía, el autor, a través de su protagonista, Jaime (o Jacques, Jack, Iago, Diego… que también tiene esos nombres) Deza, tras afirmar de entrada que uno siempre prefiere que sea otro el que muera, —que ni el más estrecho vínculo con otro pueda nunca superar el amor que tenemos hacia nosotros mismos—, recorre mediante la trama de los sucesos en que se ve mezclado, sus reacciones ante ellos y sus reflexiones, las diferentes respuestas que se pueden dar a la pregunta "¿Por qué no se puede matar?" Toma una veces el punto de vista de quien ha matado —y junto a ello, despliega el abanico de todo a lo que después se agarra uno para olvidar, negar lo ocurrido, justificarlo…— otras, el de quien con sus palabras ha causado, incluso sin pretenderlo, la muerte de otro. ¿Existe la causa buena? ¿No sería, más bien, que toda organización de convivencia humana, todo estado *necesita* defenderse y se concede a sí mismo el derecho de usar cualquier violencia? ¿Hasta dónde, el estado, las organizaciones que lo sirven, o ya los simples particulares, pueden llegar a la hora de defenderse? ¿Dónde acaba lo lícito y empieza la abominación? Marías no da respuestas, reflexiona en torno a las preguntas y sitúa a su personaje narrador en situaciones tales que, tras actuar, —y encontrarse a sí mismo justo en la posición que antes criticaba— se ve forzado a nuevas consideraciones. Él ni disculpa ni intenta comprender, más bien nos coloca éticamente ante una decisión indi-

vidual, con cuyas consecuencias cada cual debe cargar.

Pero no se limita al punto de vista del agente de la violencia. También encontramos el de la víctima. ¿Cómo es que no receló nada? ¿Es más digno —y también más hiriente— el silencio como respuesta, el alejarse para siempre del agresor? ¿Cabe una respuesta, aun aplazada, hacia él?

Y aquí, un tercer aspecto de la cuestión: la transmisión a los hijos de una historia vergonzosa —en el caso de los agresores—, o de la injusticia sufrida ante la cual uno ha estado inerme —caso de las víctimas—. La transmisión no sólo de un relato más o menos arreglado de lo ocurrido, sino también la de lo no dicho, lo silenciado, lo voluntariamente olvidado y que, sin embargo, no desaparece sino que "transita por el revés del tiempo, por su negra espalda[8]".

Y aún tratándose esta trilogía de un relato de ficción, Marías revela en ella los nombres de los que denunciaron a su padre en 1939. Muerto el padre, el escritor opta por la postura contraria a la que éste mantuvo en vida.

De forma intuitiva se nos impone la idea de que, tras las grandes conmociones de las guerras tiene que haber consecuencias graves desde el punto de vista psíquico, pero no resulta fácil llegar a evaluarlas ni encontrar su mecanismo de engarce. ¿Qué nos podría permitir afirmar que la aparición de una psicosis, por ejemplo, guardaría relación con una guerra ocurrida una o dos generaciones atrás?

Sin embargo, no es raro encontrar casos en la clínica, en que la reconstrucción de la historia nos conduce a una catástrofe ocurrida anteriormente: Andrés y Felipe, por ejemplo, dos hermanos, diagnosticados de Esquizofrenia Paranoide, llevan los nombres de sus dos tíos paternos muertos en la guerra. ¿Podríamos pensar en alguna conexión entre la enfermedad y los tíos muertos? Es cierto que no surge un psicótico en todas las familias que han perdido algún miembro en una guerra, pero tampoco es raro encontrar en la anamnesis de los psicóticos repeticiones de nombres de familiares muertos.

Según Françoise Davoine[9], "la locura surge cuando los seísmos de la historia grande, objetiva, pública, se encuentran con la historia pequeña, subjetiva, privada y pulverizan todas la relaciones sociales, incluidas las familiares".

No toda pérdida puede elaborarse mediante un duelo, no todos los duelos logran terminarse, no siempre se consigue construir un relato de la pérdida que incluya un objeto nuevo a que agarrarse.

Un caso[10].

Juan Jesús, 25 años, tuvo su primer tratamiento psiquiátrico a los 18 años de edad, por un delirio paranoide de referencia y perjuicio en el que se sentía perseguido por uno de sus hermanos, *Marcial*, y por su cuñado, *Rafael*. En casa no toleraba coincidir con ninguno de ellos, interpretaba los menores indicios como hostilidad manifiesta hacia él. No soportaba los ruidos de los vecinos. También en la calle se sentía aludido por "risitas y cuchicheos", en particular, de dos obreros con los que a veces se cruzaba.

Cuando llegó a la consulta estaba bloqueado en sus estudios, aislado, sin salir de casa de una tía suya donde se había refugiado.

Es el menor de ocho hermanos: Todos los varones llevan el nombre de *Juan* junto con un segundo nombre, y todas las mujeres el de *María*, también seguido de otro. Hay además un primo cuyo nombre y primer apellido coinciden exactamente con los del paciente. "Él, con más propiedad, lleva el nombre de los tíos", dice.

Porque sus dos nombres provienen de sendos tíos paternos.

Nació varios años después de la hermana que le antecede. Según le han contado, la madre, a pesar de no tomar anticonceptivos, no se quedaba embarazada.

Al inicio del tratamiento trae un sueño: "Estaba solo, caminando en una llanura, veo una iglesia gótica, miro hacia arriba y veo dos hombre, uno viejo, medio paralítico y otro que le llevaba. Van a lo lejos y luego iban a por mi, me perseguían. Quería correr y no avanzaba. Quise entrar en un refugio, en un templo, subo y me persiguen. Puedo salir, me siguen persiguiendo. Dos seres grotescos estilo Freddy. Echo a correr, ya les dejo atrás y de pronto aparecen, salen a por mi. Me despierto".

A lo largo de la labor analítica hemos podido ir reconstruyendo la historia familiar de la rama paterna:

El abuelo, Marcial, era de familia de artesanos con tierras y ganado, de un pueblo de Extremadura. La abuela, hija de familia noble, de terratenientes. Hay un matrimonio desigual, sin el consentimiento de la familia de la abuela, a principios del siglo pasado, en una sociedad rural, de clases sociales fuertemente jerarquizadas ¿Primera erosión de los vínculos sociales?

Varios años después, no habían conseguido tener hijos. Un médico les aconsejó adoptar un niño, *Juan María*, tras cuya adopción nacieron, efectivamente, sus cinco hijos, el menor de los cuales, *Rafael*, es el padre del paciente. "Le dio de mamar para poder tener hijos suyos" —explica el paciente—, condensando en esta frase la ambigüedad del lugar de Juan María en el relato familiar.

Sin embargo, este relato resulta ser bastante tardío ya que los abuelos nunca hablaron a sus hijos de la adopción, a pesar de que en el pueblo era conocida por todos. A la muerte de la abuela descubrieron una partida de nacimiento de Juan María, con un nombre que no recuerdan y apellidos catalanes.

El padre de Juan Jesús, mucho menor que sus hermanos, tenía tres años cuando murió en accidente *Jesús*, el segundo de los hermanos; nueve cuando desapareció Juan María, en 1936, al principio de la guerra, y doce cuando volvió el tercero, *Antonio*, destrozado por las balas dum–dum. Al paciente le ha hablado siempre de su infancia con una madre perpetuamente de luto y llorando, incapaz de hacer otra cosa que cuidar del malherido, pero no guarda malos recuerdos de esos tiempos. De él se ocuparon sus dos hermanas mayores: una de ellas, que más tarde se casó con un portugués, —lo que explica que su hijo, al llevar en primer lugar el apellido materno, tenga exactamente los mismos nombres que el paciente—, y la otra, aquella en cuya casa éste busca refugio.

El desencadenamiento de los primeros síntomas de Juan Jesús se sitúa en una época en que la hermana mayor y su marido (*Rafael* como el padre del paciente) vivían en el domicilio familiar, padres ya de un niño. Tras una discusión de Juan Jesús con su hermana, Rafael, se enfrentó con él y le dio una bofetada. A partir de ese momento la relación entre ellos, antes cordial, sufrió un vuelco transformándose en persecutoria: "¿Con qué derecho me pegó en casa de mis padres? quiere romper mi vinculación con mi familia… se las da de saberlo todo… mis padres son demasiado condescendientes con él… no respeta a mi padre".

Juan Marcial, el hermano, (Marcial, como el abuelo paterno) aparece en línea con Rafael: son amigos, se apoyan entre sí, se ríen mutuamente las gracias… Él también había sido años atrás para el paciente, unos cuantos años menor, una especie de padre benéfico: le llevaba al colegio y al fútbol, le hacía regalos…

Rafael es un impostor que se arroga un lugar de padre que no le corresponde, sin que

esa impostura sea reconocida como tal por los verdaderos padres quienes, al igual que Marcial, le alientan en vez de desenmascararle.

Esta figura que "usurpa" un lugar de padre que no le corresponde, con el consentimiento del padre de la realidad, y sin que haya reconocimiento alguno de ese estado de cosas hacia los hijos, figura que aparece como persecutoria en el delirio del paciente, está también presente en la historia del padre, oculta pero eficaz, condicionando desde su elección profesional hasta la de los nombres de todos sus hijos.

Juan Jesús, en su delirio, pone de manifiesto, sin saberlo, una verdad que pide ser reconocida en lo simbólico.

Françoise Davoine habla de "impresiones recortadas" para designar las situaciones en que los adultos, ante los niños, hacen "como si no pasara nada" para así ahorrarles sufrimientos en situaciones de dolor y muerte. Para el niño hay inscripción de percepciones que, al no haber sido validadas por la palabra del adulto, quedan excluidas del lenguaje que podría haberles permitido nombrar esas sensaciones.

Lo que no pudo ser inscrito como pérdida en una generación, aparece en la siguiente como un vacío simbólico, huellas de una percepción no validada por palabras, y resurge en forma de delirio en la tercera generación.

Comentario

La anamnesis de este caso nos permite ver, retrospectivamente, el fallo de la función paterna y la transmisión de ese vacío a la siguiente generación, pero no a todos sus miembros por igual sino, especialmente, a quien por las circunstancias de su nacimiento, —por el azar de haber ocurrido éste en un determinado momento (hijo tardío que viene a apuntalar la declinante capacidad generadora del padre, por ejemplo)— ha sido designado para apuntalar la función paterna, como muestra la elección de los nombres que se le asignan.

Para llegar a ser padre, para que llegue a realizarse la función paterna, hace falta a la vez: nombrar, ser nombrado y responder al nombre, es decir, el sujeto se ve confrontado con tres generaciones.

Para Juan Jesús, el fallo sufrido en la función de la metáfora paterna, se pone de manifiesto en la dificultad que presenta a la hora de reconocer a un–padre, apareciendo en su lugar una gran proliferación de figuras. Al mismo tiempo se percibe la imposibilidad que sufre de fijar un lugar propio en la línea de las generaciones, viéndose imaginariamente a sí mismo como doble/hermano de su padre o persecutoriamente, a través de delirio, como hijo de su hermano o de su cuñado y, en todos los casos, como encarnación viviente de los tíos muertos; encarnación y no conmemoración o recordatorio puesto que ni siquiera los nombres que lleva son sus nombres propios: para él, quien lleva esos nombres "con propiedad" es su primo.

Su reivindicación de "un lugar en esa familia" adquiere así todo el peso de una verdad: el fondo de verdad de su delirio.

¿Se habría llegado a la misma situación sin la guerra? Pregunta imposible de responder. La compleja historia familiar venía ya de antes: la erosión de los lazos familiares, la adopción que sostiene la paternidad, la muerte en accidente de uno de los tíos… pero podemos pensar que sin el drama añadido de la guerra, que deja a Rafael como único padre posible, único continuador de la familia, quizá esta estructura no se hubiera visto tan extremadamente puesta a prueba.

Antes, al citar a Natalia Ginzburg, me he referido a la ganancia simbólica adquirida tras la guerra: el amor a la verdad, el no poder seguir mintiéndose ni mintiendo a los hijos. Una vez

que se han desgarrado esos velos que nos permiten ver la realidad matizadamente, cuando lo imaginario se sostiene a duras penas, sólo queda la posibilidad de la palabra, lo simbólico, para mitigar el peso de lo real. La elaboración de un relato y la escritura aparecen así en el camino de la elaboración del duelo. Aquéllos que tuvieron que soportar pruebas todavía más espantosas, los que sobrevivieron a los campos de concentración y lograron, años después, escribir sobre ello: Robert Antelme[11], Primo Lévi[12], Imre Kertész[13]… han aportado a la humanidad su terrible testimonio acerca, no de la muerte, sino del "atroz reverso" de la vida.

El psicótico, cuando podemos reconocer en él la coherencia de su saber acerca de la estructura psíquica y el fondo de verdad existente en su delirio, nos aporta igualmente una ganancia simbólica: el reconocimiento de los silencios sin duelo, que se transmiten "transitando por la negra espalda del tiempo".

Contacto
María José de la Viña Guzmán.
C/ Pablo Sorozábal, 4
28980–Parla (Madrid)
Tfno.: 91 605 69 03
mail: pdvguzman@yahoo.es

BIBLIOGRAFÍA

1 Freud, S., "Los instintos y sus destinos", "Duelo y melancolía" y "Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte", *Obras Completas Tomo VI,* Madrid, Biblioteca Nueva, 1972.

2 Ginzburg N., *Le piccole virtú*, Torino, Einaudi, 1988.

3 Zweig S., *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*, Barcelona, El Acantilado, 2003.

4 Espina C., *Retaguardia*, Córdoba, Instituto Social de Bellas Letras, Colección Nueva España, 1937.

5 Delibes M., *Mi idolatrado hijo Sisí*, Barcelona, Ediciones Destino, 1953.

6 Delibes M., *377A, madera de héroe*, Barcelona, Ediciones Destino, 1987.

7 Marías J., *Tu rostro mañana 1 Fiebre y lanza*, Madrid, Alfaguara, 2002. *Tu rostro mañana 2 Baile y sueño*, Madrid, Alfaguara, 2004. *Tu rostro mañana 3 Veneno y sombra y adiós*, Madrid, Alfaguara, 2007.

8 Marías J., *Negra espalda del tiempo*, Madrid, Alfaguara, 1998.

9 Davoine F., *La folie wittgenstein*, Paris, E.P.E.L. 1992.

10 De la Viña M.J., "Duelos no realizados y sus consecuencias en generaciones posteriores", en Gamo Medina E. (coord.), *Teoría y clínica del duelo*, Ciudad Real, 1999.

11 Antelme R., *La especie humana*, Madrid, Arena Libros, 2001.

12 Lévi P., *Si esto es un hombre*, Barcelona, El Aleph, 1987.

13 Kertész I., *Sin destino*, Barcelona, El Acantilado, 2001.